

## I PARTE

### LA GOTA QUE COLMA EL VASO

*Buenos Aires, enero de 1983*

Por fin la familia llegó a Buenos Aires esa noche. A casa. Exhaustos y todavía con el miedo en el cuerpo, fueron bajando del coche. Llevaban media hora larga en silencio. Agarraron sus equipajes y, con el ánimo por los suelos, caminaron hacia la vivienda. Pasaba de la medianoche; hacía más fresco de lo normal por esas fechas. La lluvia caía unas horas antes, propia del verano pampeano, había refrescado el ambiente. Olía a tierra mojada.

Mientras observaba a su familia, Jorge se aseguraba de que el vehículo quedaba bien cerrado al tiempo que comprobaba que no hubieran olvidado nada en su interior. Las últimas gotas de lluvia, las que todavía recorrían las ventanas y el parabrisas, aceleraron su carrera cuando cerró el maletero. Sobre el cielo aún se cernían algunos nubarrones oscuros.

«Parece que vaya a llover de nuevo», pensó mientras miraba a lo lejos y a su alrededor en actitud vigilante, por el turbador silencio de la calle. Y en eso andaba cuando sus grandes ojos oscuros divisaron la Cruz del Sur, la pequeña constelación, símbolo del firmamento. Todo transcurría en fracciones de segundo... Y allí, frente a Jorge, asomaba ese Buenos Aires descrito por Cortázar en el poema «La Mufa»:

«Vos ves la Cruz del Sur / respirás el verano con su olor a duraznos / y caminás de noche, mi pequeño fantasma silencioso / por ese Buenos Aires / por ese siempre mismo Buenos Aires».

Al entrar en casa, reinaba el mismo silencio que en las calles. La tía Edel dormía plácidamente, y en el mismo instante en que Susana presionó la clavija de la luz, se oyó un sonido seco como el de un disparo, se produjo un estallido y de nuevo volvió la oscuridad. La bombilla había reventado, y se deshizo en mil pedazos, lo que dio a todos un susto de muerte. El segundo de la noche.

«Será otra subida de tensión», pensó Susana mientras calmaba a sus hijas con las pocas fuerzas que le quedaban. Recordó que últimamente habían tenido problemas con la instalación eléctrica. «¡Subidas de tensión!», pensó mientras se le escapaba una amarga sonrisa que a todos pasó inadvertida; «cómo no va a haberlas, si en este país lo único que hay son subidas de tensión».

En la intimidad del dormitorio, Susana, con la única compañía de su marido, al igual que la bombilla, también estalló. A su manera, muy discretamente:

— ¡Jorge, no lo aguanto más! ¡De verdad, no puedo más! —le dijo a media voz, mientras secaba con una toalla su cabello y el antiguo collar que, desde que se lo regalara su abuela Marian, casi siempre llevaba puesto.

— Tranquila —le respondió él mientras también se quitaba la ropa mojada.

— Jorge, ¡es que no puedo más! Tanta humillación y sin motivo, ¡no la aguanto! ¿Me entendés? ¡No-la-a-guan-to! Nos cachearon bajo la lluvia, apuntaron con linternas a las caras de las nenas, registraron el maletero... pero ¿quién se creyeron que son? A veces pienso que, si quieren, nos matan y listo —iba diciendo mientras se preparaba una ducha bien caliente. Necesitaba calmarse y también llorar. Jorge la dejó un instante y acudió a ver cómo andaban sus hijas para darles las buenas noches:

— Nenas, ¿todo bien?

— Esta vez el policía nos asustó más —dijo Marta—, ¿por qué les hicieron salir del auto lloviendo? ¿Y por qué apagaron las luces? Estaba todo muy oscuro y sólo escuchábamos gritar al policía y apuntarles con el arma.

— ¿Qué buscaban en tu campera, papá? —preguntó María, la hija mayor.

— La verdad, hija, no creo que buscaran nada —explicó Jorge con la intención de tranquilizar a las dos jóvenes y de que pudieran dormir tranquilas—. Sería algo rutinario pero ¡ya pasó!, quédense tranquilas.

La llegada a casa aquel domingo fue igual de accidentada que las anteriores, pero los ánimos andaban más crispados. Los cuatro volvían de pasar un fin de semana en la quinta de sus amigos, Gabriel y Alicia, y aunque Gabriel les había advertido de que

cada vez eran más frecuentes los cacheos en la Panamericana, uno siempre pensaba que no le iba a suceder. Pero una vez más se equivocaron. Ya acumulaban unos cuantos sobresaltos en esa carretera, y la paciencia estaba llegando a su fin.

Aquella noche, dos policías armados hasta los dientes pararon su auto al azar, a pesar de que llovía, y mucho. Los padres de Marta y María sabían que una simple revisión podía resultar altamente peligrosa, pues cualquier movimiento considerado sospechoso por la policía, en 1983, era suficiente para que comenzase a disparar.

—¿Sabés qué pienso? —le comentó Susana ya en la cama después de una reconfortante ducha—, que acá todo son problemas. Con la economía que no remonta, con tu empresa que no remonta, con los militares, lo que les pasó a nuestros amigos, a sus hijos... Argentina me asfixia, Jorge.

Jorge, además de la ducha, necesitó algo de música para calmarse, y con la dulce melodía de Henri Salvador, se tumbó junto a Susana, respiró profundamente y se dispuso a seguir escuchando a su mujer. Susana prosiguió:

—¿Te imaginás vivir en Europa? —La melodía de «Dance mon île», los aromas de lavanda convertidos en microgotas de vapor que se esparcían por toda la habitación y las palabras de Susana transformaron aquel momento en algo único.

Ella vestía un camisón de un algodón traslúcido, blanco immaculado y largo hasta los tobillos, uno de los muchos regalos que él le había traído de sus viajes de negocios. Hablaba al tiempo que cepillaba su larga melena rubio platino. Y mientras Jorge escuchaba las palabras que escapaban de la boca de su esposa, de repente Susana pronunció una frase en un tono distinto y mucho más firme:

—¿Por qué no hacemos caso a Garo y nos vamos a vivir a España?

Aquellas palabras retumbaron con fuerza en la cabeza Jorge, y ni con la ayuda de Henri Salvador consiguió desprenderse de ellas, pues siguió recordándolas hasta que el sueño le venció.

El matrimonio, paradójicamente, acabó durmiendo mucho mejor de lo que esperaba. Esa noche, a la vuelta de un placentero fin de semana y de un intempestivo viaje de regreso, habían comenzado a tomar una decisión trascendental para la familia.

## UN AÑO DESPUÉS

*Verano de 1984*

Una mañana de sábado, un año después de aquella accidentada noche, justo a la hora del almuerzo, en el contexto de la conversación, Marta, la hija menor del matrimonio, emulando las charlas de los bonaerenses aquellos días, preguntó en la mesa:

—Mamá, ¿a cuánto está el dólar hoy?

—Hoy justo —prosiguió la madre, contrariada—, tuve que pedirle al marido de mi enfermera que me deje su camioneta para ir al súper para comprar antes de la tarde. Así no podemos seguir viviendo, pensando que la comida va a ser más cara por la tarde de lo que cuesta por la mañana.

Jorge asentía, pues sabía lo que Susana le estaba queriendo decir. A las dificultades del día a día por el elevado precio de cualquier producto, se sumaba el miedo y la inseguridad que se había instalado en ellos años atrás, durante la dictadura de Videla. Y que ahí seguía. Tantas desgracias, tantos desaparecidos —como el hijo del socio de Jorge, al que ya daban por muerto—, y después estaba lo que les pasó a sus amigos y a tantos conocidos...

Con la llegada de la esperada democracia al país de la mano del presidente Alfonsín, los argentinos realmente empezaban a conocer los verdaderos horrores con los que habían convivido. Una cruenta realidad que venía a sumarse a la gran inestabilidad económica que sufrían y a la importante recesión económica.

La reducción de salarios en las familias era lo normal, eso en el mejor de los casos, y además estaban la inflación y el desempleo; y con Jorge sin ocupación ni perspectivas, Susana pensaba que un cambio de aires tal vez ayudaba a su marido a prosperar.

Desde que comentaran la idea de irse a vivir a España un año antes, ambos habían hablado largo y tendido del tema, y habían tomado la decisión en firme. Ahora sólo faltaba encontrar el momento para comunicarla al resto de la familia. Y ese momento,

que parecía no querer llegar nunca, de pronto se presentó sin avisar. Como casi todo lo importante en la vida.

Jorge y Susana se miraron profundamente. En ese instante se produjo un incómodo silencio en la mesa, que incluso las jóvenes advirtieron, pero no tía Edelmira, que miraba ensimismada su plato y andaba concentrada en su tenedor, intentando enrollar bien los fideos con tuco antes de llevarlos a la boca, tarea que a sus setenta y pocos años le resultaba cada vez más difícil.

Susana estaba decidida, y Jorge, con una mirada, asintió. Así fue como todo comenzó, como su vida cambió. Susana les dijo a sus hijas:

—Chicas, ¿qué les parece si nos vamos a vivir a España, a Valencia? Papá ya vendió su empresa. En el país anda todo muy revuelto y además ya saben lo que nos dijo Garo, que en España faltan odontólogos...

Por fin había conseguido pronunciar aquellas frases. Sus ojos, enrojecidos y chispeantes, delataban su grado de excitación. Susana era odontóloga, y Garo había sido su mecánico dental desde que ella comenzara a trabajar en Buenos Aires. Unos años atrás, Garo había decidido marcharse a trabajar a España, pero mantenía contacto telefónico frecuente con la familia.

Al oír aquello, las dos hermanas se miraron aterradas y preguntaron casi al unísono:

—¿A España? ¿Por qué?

—Porque es un país de oportunidades. Porque sólo estaremos allá unos cinco años y después regresaremos, y porque la situación en Argentina es muy cambiante e insegura —respondió rápidamente Jorge.

La tía Edelmira, que se enteró a la vez que las chicas, quedó espantada y sólo tuvo fuerzas para pronunciar tres frases:

—¡Yo no voy! ¿Para qué voy a ir? ¡Yo de mi país no me marcho...! —decía mientras, ayudada del cuchillo, comenzaba a cortar en minúsculos trocitos los largos fideos, ahogando su pesar y rabia en cada gesto.

De nuevo se hizo un silencio incómodo. Los unos se miraban a los otros, y aunque nadie quería manifestar lo que sentía, todos esperaban a ver quién lloraba primero. La tía Edel seguía

desmenuzando fideos sin probar bocado, cabizbaja, con los ojos fijos en la comida.

Marta, que tenía doce años, observaba atentamente. Advirtió que a todos les brillaban los ojos, pero quien más le preocupaba era su tía Edel, su querida tía Edel, con quien mantenía una relación muy especial. La tenía sentada a su izquierda, y desde su posición la observaba de reojo. Furtivamente analizaba su anguloso perfil y su nariz afilada. Y aunque también ella intentaba digerir lo que acababa de oír, en ese momento sólo podía pensar en la avanzada edad de la tía y en cómo asimilaría aquella difícil noticia. Marta sufría por ella.

El rostro de la tía Edel parecía más pálido que nunca. Su corto pelo negro parecía más corto y más negro que nunca. Era como si la delgadez de la tía la hubiese convertido en transparente, como si se estuviese consumiendo por instantes.

«La tía Edel parece ausente», pensaba Marta.

Tal vez eso era lo que pretendía su tía, no estar en aquella dolorosa conversación, en aquella amarga comida que para ella representaba el fin del mundo, el fin de su mundo.

«No sé si va a soportar Buenos Aires sin nosotros», pensaba Marta, pues había sido y seguía siendo un importante pilar para la familia. De hecho, la familia no podía entenderse sin ella porque, a lo largo de los años, aunque la tía Edelmira siempre parecía representar un papel secundario, acababa sobreviniendo alguna desgracia familiar que la colocaba en primer plano.

La delgadez de la tía y lo añosa que estaba de repente impresionaron a Marta y, sin saber muy bien por qué, Edelmira le evocó al personaje del libro que acababa de leer. Y en ese instante vio en ella a Úrsula Iguarán, la incombustible anciana de *Cien años de soledad*. Dos mujeres unidas al destino de sus familias, testigos de todo, sufriendo siempre por los demás y al fin para acabar tan solas...

La vida de la tía Edel en realidad había sido la vida de los demás, pues ella nunca tuvo vida propia. Siendo adolescente, falleció su madre de forma repentina, una italiana llegada a Buenos Aires desde el Piamonte llamada Ana Beilys. Edel era la mayor de seis hermanos; su hermana menor, Sara, era la madre de Susana.

En aquel momento, Sara tan sólo tenía ocho años, así que Edelmira, además de cuidar de su padre, tuvo que ejercer de madre de sus hermanos, y por encima de todos cuidó de la pequeña Sara. Ese fue su primer papel estelar.

Edelmira nunca había mantenido relaciones con ningún hombre, ni con ninguna mujer. A pesar de ello, a sus setenta años le gustaba mostrarse coqueta. Cuidaba mucho su ropa, sus vestidos, y siempre andaba con collares y pendientes de perlas, con pulseras de las que colgaban mil reliquias, y llevaba dedos repletos de anillos adornados con pequeños rubís, aguamarinas y otras piedras preciosas.

Marta seguía observando a su tía cuando, de pronto, una compacta lágrima, sólo una, caída desde lo alto de un ajado rostro, confirmó a su sobrina sus temores. La tía Edel estaba sufriendo. Aunque la anciana mujer intentaba mantener su compostura y mostrarse como ella era, sobria, fría y distante, esa lágrima reflejó el verdadero estado de su alma y lo que escondía su aparente frialdad. A la tía Edelmira, si bien era una persona llena de amor y sentimientos, le gustaba guardarlos en lo más hondo sin que se notaran.

Habían transcurrido unos incómodos minutos desde que la tía Edel dijese que ella no se iba de Argentina, minutos que se les hicieron a todos eternos, y en eso la curiosidad de las chicas se impuso en el ambiente, lo que alivió a Jorge y a Susana. Tía Edel, en cambio, continuaba ausente.

—¿Y cómo es Valencia? —preguntaron las hermanas de repente y al unísono, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—Está junto al mar; hay muchas naranjas, además también hay nieve cerca y podremos ir a esquiar. Será como ir a vivir a Mar del Plata —contestó rápidamente Susana.

Mar del Plata había sido su primer lugar de veraneo, después llegó Pinamar y Punta del Este, en Uruguay. Y sus recuerdos de Mar del Plata siempre eran gratificantes: verano, calor, baños, helados, amigos, paseos, medialunas en el hornito Sao, dar caza a las luciérnagas, pescar berberechos y almejas para después comerlos en la casa de la playa... Susana había sopesado bien el efecto que iba a causar su respuesta.

Mar del Plata les gustaba mucho de pequeñas, pero vivir todo el año allí, no tanto. Las hermanas tenían muy claro el tipo de ciudad que les cautivaba: Buenos Aires, su ciudad, una capital grande y vibrante.

—¿Y por qué no vamos a vivir a Barcelona?

—Porque allá hablan catalán, y nosotros, no —respondió Susana.

—¿Y por qué no vamos a Madrid?

—Porque en Madrid ya hay muchos odontólogos. Nos vamos a Valencia, que es la tercera ciudad de España. Allá hay universidad y también tenemos amigos. Además, ¿no recuerdan los lindos regalos que les trajimos de Valencia cuando estuvimos de viaje por Europa? Ustedes eran muy chiquitas.

Susana intentaba endulzar la conversación y reconducirla hacia temas positivos y entrañables ante unas hijas de doce y trece años llenas de temores y preguntas.

—¡Sí! ¡Claro que nos acordamos de aquel viaje! Nos dejaron un mes solas —dijo una de ellas, rabiosa.

—Fue casi un mes y medio, y no estaban solas, se quedaron con los abuelos y la tía Edel —puntualizó Susana rápidamente.

Aquel primer viaje a Europa significó mucho para el matrimonio, pues lo hicieron después de una mala racha de salud de Jorge, una dura etapa de enfermedades. Aquella escapada fue un premio autorizado por el cardiólogo, y organizado por el Banco de la Provincia de Buenos Aires, que era donde trabajaba Horacio, el hermano de Susana.

El viaje comenzó en Madrid, y tras un completo recorrido por numerosas ciudades europeas, el matrimonio regresó a España. En este país visitaron Barcelona, Peñíscola, Valencia, Alicante, Sevilla, Granada, Córdoba, Málaga y Cádiz. En Valencia coincidieron con la Feria del Juguete, que les pareció importante, y en ella compraron muñecas y otros juguetes para las niñas.

—A mí me trajeron una muñeca vestida de novia y el muñeco que caminaba —dijo Marta.

—¿Y no se acuerdan del bebé al que le daban de comer y después hacía caca y lo ensuciaba todo? ¡Qué! ¿Ya no se acuerdan? —añadió Susana gesticulando.

Todos rieron con aquellas anécdotas de la infancia casi

olvidadas. Suspiraron hondo y se animaron a comer los fríos fideos. Tía Edelmira seguía sin probar bocado, mientras, con la cabeza gacha, jugueteaba con los dijes de su pulserita, unos pequeños relicarios y joyitas que colgaban de ella. Uno a uno los frotaba y les iba sacando lustre, pero había algunas medallitas que acariciaba con más intensidad, las que llevaba con motivo del nacimiento de Susana, de María y de Marta. Después estaba su favorita, la imagen de la Virgen de Luján, patrona de Argentina. Susana observaba a su tía mientras se mentalizaba para hablar a solas con ella más tarde.

En cuanto acabaron de comer, las chicas pidieron permiso para levantarse de la mesa y lo primero que hicieron fue correr hacia el teléfono para contar a sus amigas que se iban a vivir a España y, claro, ninguna las creyó. Pasadas unas horas del *shock* inicial, las hermanas recalaron en el salón, y dejándose caer sobre sus butacas favoritas en la postura más original, cada una lanzaba a la otra lo que le venía a la mente:

- ¿Cómo será Valencia, Marta?
- ¿Y qué va a pasar con nuestros amigos?
- ¿Y los abuelos? ¿Y el abuelo Mitre? ¿No vamos a verlos más?
- ¿Volveremos pronto?
- ¿Y cómo nos vamos a vestir, a hablar?
- María, ¿allá ahora es invierno o es verano?

Sus pocas referencias de España tenían nombres propios: José Sacristán, Imanol Arias, Julio Iglesias, el rey Juan Carlos I y Felipe González. Así que fueron a por un atlas para ubicar la ciudad de Valencia en el mapa.

- ¿A qué escuela vamos a ir? — decía una de ellas.
- ¿Y vos creés que nos va a gustar alguien de allá? — añadía la otra.

De repente las dos se acordaron de lo felices que eran en Argentina, con sus amigos, con sus abuelos, con su familia, ¡con su vida! A Marta le sobrevinieron recuerdos de la niñez, de lo bien que lo pasaba en las casas de sus abuelos, en las quintas de los amigos de sus padres. Se acordó de las casitas de madera que les hacía el abuelo Mitre para sus muñecas, con sus mesas y sus sillas...



## II PARTE

### EL LIBANÉS QUE BUSCÓ LA CRUZ DEL SUR

*Beirut-Buenos Aires, 1880*

Hacia 1880, llegó a Buenos Aires un matrimonio de libaneses. Era uno más entre el casi millón de europeos que, a partir de 1850 y hasta ese año, desembarcaron en Argentina. Este país tenía muchísima tierra y muy poca población para trabajarla. En aquel tiempo, los argentinos no sumaban ni dos millones de habitantes en todo el territorio, por lo que la inmigración pasó a ser cuestión de Estado. La Constitución de 1853 fue redactada con el lema «Gobernar es poblar».

Desde finales del siglo XIX, a los europeos se les dio todo tipo de facilidades para que cruzasen el océano y se establecieran en Argentina. Hubo años en que incluso el Gobierno argentino financiaba el pasaje del barco. A Argentina no sólo llegaban europeos, la inmigración árabe también era importante, fundamentalmente proveniente de Siria, Líbano y Palestina.

Gabriel y Marian, los bisabuelos de María y Marta, fueron unos más de los tantos libaneses que marcharon a Argentina en busca de porvenir, porque en su país los libaneses católicos, lo que ellos eran, estaban sufriendo el acoso del Imperio turco. En esos años los drusos, empujados por los turcos, perseguían y asesinaban a los libaneses católicos.

Tras mucho meditarlo, aquel joven matrimonio de recién casados —animados por otros libaneses que ya habían partido— decidió marchar a América. Aquella determinación era de enorme trascendencia, puesto que las leyes del Imperio otomano, las que regían en el Líbano, prohibían emigrar, y, por tanto, todo

aquel que se ausentase de su país durante un largo período de tiempo no podría regresar nunca más.

Aun así, el joven matrimonio embarcó en Beirut y, tras una escala en Marsella, se dirigió hacia el Nuevo Mundo. Eligieron Argentina por las buenas noticias que llegaban de ultramar, y desde el primer momento los dos tuvieron muy claro que se establecerían en Buenos Aires. Se trataba de una ciudad de costa, portuaria como Beirut, que comenzaba a ser conocida en todo el mundo por su buen clima, rápido crecimiento económico y riqueza. Todo lo contrario al Líbano de aquellos años.

El país de Gabriel y Marian —la antigua Fenicia, madre del alfabeto, del comercio y la navegación, y también uno de los pueblos más viejos y polifacéticos del planeta— atravesaba tiempos difíciles. Así que el matrimonio tomó sus ahorros y sus tradiciones y, como viajeros de ida y vuelta —algo que sí autorizaba el Imperio otomano—, se dispuso a cruzar el océano.

Cuando el barco se aproximaba a tierra, alguien en cubierta señaló cuatro estrellas allá en lo alto, que dibujaban una pequeña, hermosa y brillante cruz en el firmamento. Era la Cruz del Sur. Y esa cruz dio al matrimonio la paz que necesitaba, pues por defender su cruz, habían tenido que marchar de su tierra. Bien estaba que ahora otra cruz les diera la bienvenida. A Marian y a Gabriel les pareció muy buen presagio, y siguieron un rato más en cubierta disfrutando de la constelación; allí permanecieron, inmóviles, divinando el horizonte y respirando el olor a mar mientras la fuerza del viento golpeaba sus rostros y arremolinaba sus cabellos.

Aún no había amanecido. Marian, aprovechando que Gabriel estaba absorto en sus pensamientos, retrocedió unos pasos y lo dejó solo. Buscó un espacio en cubierta protegido del viento. Fueron los únicos minutos de la travesía en que ella se atrevió a separarse de su marido sin su consentimiento. Marian sintió que había llegado el momento que tanto tiempo había estado esperando. Y tomó entre sus manos un antiguo colgante.

Siendo ella pequeña, su anciana abuela, que vivía en la población de Biblos, le regaló un antiquísimo colgante del tamaño de una

moneda grande de la época. Le explicó que, desde tiempos inmemoriales, había pertenecido a su familia, pues había sido el regalo de boda que los padres del novio hicieron a una de las mujeres.

Consistía en dos piezas de vidrio cóncavas y traslúcidas que actuaban a modo de cofre. En su superficie, cada una llevaba grabados unos adornos en zigzag de diversos colores. Una de las piezas era ligeramente más grande, de manera que la más pequeña encajaba perfectamente en la otra. Cada una estaba rematada por una suerte de anillo realizado con madera de cedro e incrustaciones de plata. La pieza superior, la que permitía el paso del cordón para poder colgarlo, también servía para sellar, a modo de pinza, las dos esferas de vidrio. De esta manera, no podía extraviarse su contenido.

Cuando Marian recibió aquel obsequio, advirtió que llevaba algo dentro, y al intentar verlo, su abuela —una católica maronita— la detuvo con la mano, y en árabe le dijo:

—Marian, ¡tú sabrás cuándo es el momento de abrirlo... Sólo tú lo sabrás y entonces entenderás...!

Marian, obediente y respetuosa, agradeció el regalo, se lo colgó al cuello y no dijo más. Nunca se lo quitó. Y esa noche, en el barco y frente a Argentina, presintió que ese especial momento del que le habló su abuela había llegado. Tenía miedo y quería sentir a su abuela cerca. Así que, con mucho cuidado, se quitó el collar y lo abrió...

Vio una diminuta pieza enrollada como un papiro, y conteniendo la respiración, se aventuró a extraerlo. Le pareció un pergamino pero por el tacto le recordó al cuero. Lo desplegó con sumo cuidado, y al hacerlo fueron apareciendo unas breves inscripciones en tinta púrpura. Marian ya no sentía miedo, ahora estaba excitada y emocionada. Era como si su querida abuela estuviera allí con ella, para acompañarla en esa dura travesía que la separaba —tal vez para siempre— de todos los suyos, de sus raíces, de sus orígenes, de su historia. Marian lloró.

Secó sus lágrimas y volvió a concentrarse en la inscripción. La leyó, y a continuación extrajo de su bolsa una pequeña Biblia que llevaba consigo —uno de sus tesoros—. Buscó algo en el Antiguo Testamento, y en ese instante sonrió; la paz y el sosiego invadieron

toda su persona. La tez se le iluminó. Se colocó de nuevo el colgante y regresó con su marido.

Una vez en Buenos Aires, se instalaron en el barrio de Palermo. Los primeros meses vivieron alquilados, hasta que pudieron adquirir una casa muy cerca del barrio de los judíos. Durante ese tiempo, Palermo y otros cinco núcleos de la población —Belgrano, Chacarita, Caballito, Flores, La Boca y Barracas— pasaron a formar parte de la ciudad de Buenos Aires, se convirtieron en barrios, y Buenos Aires fue declarada Distrito Federal. Comenzaba a nacer una gran ciudad, y lo hacía con Gabriel y Marian como testigos.

La urbe que encontraron era vibrante, a lo que contribuían los miles de europeos llegados de ultramar. Las calles principales estaban muy transitadas, y por la plaza Victoria era frecuente ver a chicos con periódicos bajo el brazo, vendiéndolos, mientras sorteaban los tranvías de tracción animal, los carros y carruajes.

Para un libanés como Gabriel, a pesar de no dominar el idioma español, era fácil estar al hilo de la actualidad, pues en aquellos años otro libanés fundó en Buenos Aires la primera revista en árabe del país, *Sadà al-Yunub*, y casi al mismo tiempo salió el primer periódico árabe, *Al-Subh*.

La emergente ciudad también entendía de diversión y estrenaba celebraciones como la Fiesta de la Primavera y el Desfile de las Flores. Los días de fiesta, los bonaerenses —entre los que muy pronto se ubicaron Gabriel C. y su esposa— se colocaban sus mejores galas; ellos, traje chaqueta y bombín; y ellas, vestidos largos, pomposos y recatados. Marian y Gabriel muy pronto adoptaron la forma de vestir de su nuevo país.

Buenos Aires crecía a tal velocidad que a principios de siglo xx ya era de las ciudades más grandes del mundo. Crecía social, cultural y comercialmente, y sus céntricas calles, con exquisitos locales llamados café restaurante y lujosas confiterías, eran toda una muestra del poderío de la capital.

Y a ese poderío quisieron sumarse los prestigiosos almacenes londinenses Harrod's, que en 1914 inauguraron su primera

y única tienda en América del Sur. Un imponente edificio en la calle Florida al que llegaba todo el glamur de Europa en forma de chocolates, joyas, mercería, decoración para el hogar y la última moda en el vestir.

En la vivienda que adquirieron nacieron sus seis hijos: Mitre era el mayor de todos, y después estaban Nicolás, José, Elena, Óscar y Miguel. En la misma casa familiar montaron su negocio. Gabriel C. era un experto calafate, y a eso había venido a Argentina, a construir barcos. Era lo único que sabía hacer. O eso creía él.

En el Líbano la construcción de barcos se remontaba al tercer milenio antes de Cristo. Los calafates libaneses habían trabajado y mucho para el poderoso Egipto, desde los tiempos de las grandes pirámides, Keops, Kefrén... Y en el caso de Gabriel, su apellido C. dejaba bien claro a qué se habían dedicado sus ancestros.

La vivienda constaba de planta baja y primer piso. En la parte baja instalaron un pequeño taller de carpintería. Pero esos años ocurrió que al mismo tiempo que crecían el negocio y el taller de Gabriel, la abundancia de enfermedades infecciosas disparó la mortandad en la ciudad, no a los niveles de las cuatro epidemias de fiebre amarilla —sufridas desde 1852— pero sí como para aumentar la demanda de ataúdes. Había necesidad de ebanistas. Tal vez por esta razón, el calafate libanés decidió reorientar su negocio; dejó a un lado la fabricación de barcos y comenzó a producir ataúdes.

Toda su experiencia en trabajar la madera, transmitida durante generaciones, era la que ahora plasmaba en su nuevo producto y con gran maestría. A ojos de sus antiguos vecinos, los egipcios, Gabriel C. tampoco habría cambiado tanto de oficio. En Egipto tenía su origen la conocida fábula de la Barca de Caronte, según la cual, las almas debían ser conducidas a la eternidad por un barquero. Gabriel, en realidad, estaba siendo fiel a la leyenda egipcia, pues seguía construyendo los «barcos» que necesitaba el barquero para llevar a los bonaerenses hasta la eternidad. Y los empezó a construir en la planta baja de la vivienda familiar.

La casa se ubicaba en la calle Aráoz 4423, y a ella se accedía por un enorme portón de robusta madera tallada, que en su parte baja estaba adornado por un pomo de bronce. Una vez dentro de la vivienda, se podía o bien acceder al taller de carpintería, a través de una puerta lateral, o subir al primer piso por unas escaleras de mármol en forma de caracol.

En el primer piso vivía la familia. La casa era amplia y luminosa. Tenía cuatro habitaciones, y desde todas sus ventanas se veían los árboles, pues muy cerca de la vivienda quedaban los bosques de Palermo, importante pulmón verde de la ciudad. Lo más característico que tenía aquella casa era el suelo de mármol en forma de damero blanco y negro, muy de moda en la época.

Todas las estancias tenían hermosos muebles, lámparas de cristal colgantes y muchos ornamentos, y por cualquier rincón al que uno dirigiese la mirada, el mármol siempre estaba presente. En la gran librería había un detalle que resumía las ganas de sus propietarios de ser argentinos. Se trataba de un libro, el *Martín Fierro*. Dedicado al gaucho y escrito unos quince años atrás, los argentinos lo sentían como símbolo de su identidad. Reflejaba el carácter independiente, pacífico y heroico del gaucho, una especie de hombre-jinete que, desde el siglo XVIII, recorría la pampa, surgido del mestizaje de los indios con los españoles y otros europeos. Y como la familia C. se esforzaba por ser argentina, en casa no faltaban detalles que la vincularan cultural y emocionalmente a su nuevo país.

La casa, que siempre olía a limpio y a perfume inglés —el que Gabriel compraba en Harrod's—, a la hora de comer cambiaba de aromas, y durante unas horas era invadida por el olor del guisadito de trigo con mil condimentos o la ensalada de lentejas con arroz y cebolla frita que cocinaba Marian, entre otros manjares de la comida árabe, como el humus o el puré de berenjena.

Marian supuso que en América no encontraría sus utensilios de cocina, como así fue, y por eso se llevó consigo el *hashue* para ahuecar las calabazas y el *yieren* para moler la carne del *keppe*, unas ricas albóndigas fritas que le gustaba cocinar y cuya pasta llevaba carne de cordero triturada, cuscús, cebolla y especias.

La matriarca desprendía bondad y generosidad, pero aun así, lo que más se respiraba en aquella casa era una gran tristeza.

Marian, la mujer de Gabriel, no contaba como esposa, no tenía ni voz ni voto. Así era como su marido la trataba. Y ella no sabía o no se atrevía a rebelarse. Pero no era la única. Los hijos sentían que la relación con su padre también era reprochable. Gabriel El libanés —que era como lo conocían sus amigos y conocidos— nunca se dirigía directamente a ninguno de ellos, siempre lo hacía a través de su mujer.

Muy cerca de la casa de los C. se encontraba la Iglesia de la Consolación —en la intersección de las avenidas George Canning con Córdoba—. La familia mantenía una estrecha relación con el párroco, el padre José, un sacerdote español que, además de amigo de la familia, también era su consultor espiritual. El padre José fue el motivo por el que todos los hijos de Gabriel tuviesen nombres españoles, excepto el primogénito, Mitre, que recibió como nombre el apellido de uno de los más grandes presidentes que tuvo Argentina, Bartolomé Mitre, tal vez en un gesto de la familia con su país de acogida.

Por aquellos años, la familia C. ayudaba económicamente a la parroquia, y el párroco, en agradecimiento, adornó numerosas vidrieras con su apellido. Al entrar a la Iglesia de la Consolación y echar un vistazo a algunas de las ventanas, bajo la penumbra pero entre destellos de mil colores, podía leerse: Familia C. Y también en los laterales de los bancos había una chapita dorada con el apellido de la familia.